



Juan Antonio Roda. *La Carta de Holanda*, 1980. Óleo sobre tela. 95 x 120 cm. Cortesía Galería El Museo, Bogotá.

Antonio Roda

Eduardo Serrano

Antonio Roda es uno de los pintores que produjo los trabajos más logrados y consistentes de las últimas décadas en América Latina. El artista nació en España (Valencia, 1921), se trasladó a Colombia en 1955 y se vinculó de lleno a la actividad artística del país, no solo como uno de sus más caracterizados exponentes, sino también como profesor bajo cuya orientación se formaron numerosos pintores que hoy ocupan puestos de primera línea en el panorama de la plástica nacional.

Las primeras obras de Roda que llamaron la atención de la crítica en Colombia fueron las series “El Escorial” (1961) y “Tumbas” (1963), trabajos que a pesar de sus títulos son eminentemente abstractos y que permiten comprobar un especial interés por la espontaneidad y por el color. Son pinturas desorganizadas, anárquicas, sin un fin visual predeterminado, pero que dan rienda suelta a una expresión subjetiva, emocional, y que proclaman la autonomía de la pintura para transmitir por sí mis-

ma ideas y sentimientos. Los colores de estas obras son variados y plantean zonas más agitadas que otras donde una abigarrada conjunción de manchas, pinceladas y líneas reflejan movimientos intuitivos y enérgicos.

Roda siempre trabajó en series y sus siguientes producciones fueron los “Felipes” (1965), pinturas en las que regresa a la figuración de sus inicios y en las que plasma, con cierta deformación expresionista, los rasgos Habsburgo del cuarto de los reyes españoles de este nombre. Su ejecución con base en luces y sombras, en toques y chorreados reitera la espontaneidad y la actitud moderna del artista, y trae a la memoria, tanto los retratos de Velázquez, como la sensualidad y el refinamiento de un monarca estrechamente vinculado con las artes. En estas obras, el color trasciende con frecuencia los límites impuestos por las formas permitiendo comprobar las consideraciones abstractas que continúan en el trasfondo de las representaciones.

4

Su siguiente serie fueron los “Autorretratos” (1967), en los cuales el busto del artista emerge entre pinceladas a la vista y transparencias sobre fondos no muy agitados. Roda es, sin duda, el más logrado retratista moderno de Colombia y en estas obras es posible comprobar, no sólo la visión romántica que tiene de su imagen, sino su gran talento para captar fisonomías. El artista aparece frontal, inmóvil, y con una expresión grave, como observándose a sí mismo desde una extraña dimensión que le permite percatarse de los más recónditos detalles de su pasado y porvenir.

Los “Autorretratos” dieron paso a una de las etapas más angustiosas de su obra, los “Cristos” (1968), pinturas dramáticas cuyo título deviene del dolor que reflejan los protagonistas, pero cuya representación no sólo remite al calvario religioso, sino también al sufrimiento de las víctimas de las guerras y revoluciones que marcaron la década de los años sesenta.

Se trata de cuerpos mutilados y rostros deformados con el rictus de la muerte, pero en cuya representación la modulación de los colores y la gestualidad de su aplicación amortiguan la aflicción con zonas abstractas menos alarmantes, e incluso placenteras.

La serie de pinturas posteriores: “Las ventanas de Suba” (1969-70) anunciaba cambios en su producción por el formato grande, la eliminación de la figura, la concentración en las nubes y las restricciones del color que se torna casi monocromático. El cambio, sin embargo, sería hacia formatos más pequeños, hacia una figuración más acentuada y hacia una técnica como el grabado en aguafuerte y punta seca que demanda una especial atención a gradaciones y detalles. También en el grabado el artista trabajó en series: “Retrato de un desconocido” (1970-71), “Risa” (1971-72), “El delirio de las monjas muertas” (1972-73), “Los amarraperros” (1975-76), “Los castigos” (1978), pero en lugar de gestualismo y espontaneidad, en ellos pone de presente un gran dominio del naturalismo, de la representación del mundo real, aunque ubicando sus imágenes en contextos imaginarios de estirpe literaria.

Su regreso al óleo estaría también marcado por la figuración y en “Los objetos del culto” (1979) se harían claros los aportes del grabado en su consideración de la pintura. En estas obras se mezclan representaciones realistas aparentemente inconexas con escenarios indescifrables, y en ellas es patente una entonación espiritual desconocida y una nueva ambigüedad en los significados que las hace concordar con su trabajo abstracto, por el carácter, íntimo, personal y un tanto hermético que les confiere.

Pero Roda volvería a abandonar paulatinamente la figuración y, ya en los años noventa, el artista retorna de lleno al arte abstracto. Las series de esa década se denominan “Tierra de nadie” (1993) y “Ciudades perdidas” (1996),

y con ellas vuelve a demostrar su convicción en la autonomía expresiva de la pintura. Son trabajos que se emparentan de cerca con “El Escorial” y “Tumbas” en su espontaneidad y en la manera de realización, pero en ellos la acumulación de experiencias y conocimientos a lo largo de una trayectoria tan enriquecedora es fácilmente perceptible en las afirmaciones cromáticas, ya menos frenéticas y en algunas ocasiones restringidas a tonalidades cercanas, y en las manchas, transparencias y grafismos, entonces más pausados, sugerentes y poéticos.

—
El 29 de mayo de 2003, a la edad de 82 años, Antonio Roda fallece, víctima de una neumonía.

Eduardo Serrano es crítico, curador, gestor e historiador del arte colombiano. Durante veinte años fue curador del Museo de Arte Moderno de Bogotá.



Juan Antonio Roda. *El Color de la luz*, 2001. Óleo sobre tela 125 x 150 cm. Cortesía Galería El Museo, Bogotá.